

un beligerante tan bien hecho, atariado con primor tal, que sólo en las grandes oportunidades aparecía en las filas: su vida, por preciosa, se exponía pocas veces a la mala puntería de un arvejón. . . . Como los grandes generales, detrás de las barricadas (una caja de puros) esperaba el momento del triunfo, y si era el último en la guerra, en cambio veíasele el primero en la paz, a la cabeza de las huestes vencedoras; saludado por el redoble de un tambor de humilde origen de juguetería y los toques de trompeta fingidos por voces infantiles de Marticorena Guilebaldo y Eufrosina Pérez Tagle, dos amigos que daban vida, valor y arranques bélicos a las inanimadas tropas.

Helos ahí, de bruces en la alfombra, o en el ladrillo, o al borde de la mesa, repartiéndose por suerte los individuos de tropa, poniendo las manos tras de la espalda y presentando los puños cruzados para adivinar si las municiones forman pares o nones; el interrogado, frunciendo el ceño, lamiéndose el dorso de la mano, pellizcándose la piel y decidiendo por las arrugas el enigma dice:

—Pares.

—Salieron nones, así es que te tocan los de a caballo.

Previos los pegotes de cera se alineaba la carne de cañón, y después. . . . ni garbanzos ni municiones, ni pelotas de migajón endurecidas,

ni canicas; nada se economizaba para derribar uno por uno, y con variable puntería, a aquellos valientes, tiesos, inmóviles, impasibles ante la granizada mortal de los proyectiles. Más de una vez estrellóse un cristal de la vidriera; más de una vez un plato o vaso del aparador produjo chasquidos de muerte, sin que aquellos bravos diesen un paso atrás: el deber, la cera de Campeche, los tenía clavados en su sitio.

Y el zuavo, entre tanto, en el fondo de la caja que servía de ambulancia, esperaba el desenlace, rodilla en tierra y bayoneta calada.

¡Cómo lo amaban ambos! Sus vivos colores seducían; era de bulto, es decir, distinto de aquella raza de valientes, delgados como una hoja de cuchillo, frágiles, inseguros, sin el apoyo del pegamento y, sobre todo, baratos. Aquel *general* había visto muchos combates.

El contempló la toma de un cajón de buró, donde sucumbieron vergonzosamente unos infantes de papel recortado que se habían pegado a los dorsos de moscas sin alas: huestes indisciplinadas y siempre vencidas; él podía contar el trágico pero glorioso fin de una religión de *zacapoaxtlas* de barro, que inexperto pié redujo a polvo en la alfombra, sin que la cirugía casera fuese capaz de unir sus miembros dispersos; él acompañó a los acuartelados de una caja ovalada, unos lanceiros que antes de la pelea se hicieron pedazos, y él, por último, desde un rincón, siempre relu

ciente, siempre nuevo, esperaba, que es de los grandes jefes.... esperar que los otros se maten para echarles la culpa o ceñirse la corona de laureles, icada hoja tinta en sangre, cada hoja conquistada por el obscuro héroe de las filas!

Y de aquellas diarias luchas nació el tiernísimo afecto de Guilebaldo y de Eufrosina: el peligro crea esas uniones de almas, la angustia común enciende la hoguera de las amistades profundas; su cariño surgía de tanta sangre, de tanto dolor, de tanto sufrimiento, como una alborada serena.

Rivales en el extremo de la meta, concluida la brega, olvidando odios internacionales de un momento, con humanitario celo levantaban al herido y no enterraban al degollado hasta no convencerse de que la cera, ese último recurso de la ciencia, era inútil. Acuartelaban a sus tropas en la caja de puros con cuidado paternal, enderezaban las cabezas y bayonetas torcidas, daban a las colas de los caballos la natural inclinación y contemplaban al *general*, al zuavo, (rodilla en tierra y bayoneta calada), con los ojos húmedos.—¡Ahí hay un héroe! significaba el mirar amoroso de Guilebaldo y Eufrosina.

La paz, esa hermana del progreso, como dicen los periódicos, hubiera sido una catástrofe para aquellos muchachos; la paz hubiera interrumpido aquellos momentos felices encerrados como en un paréntesis, entre la salida del colegio y la merienda. La lucha....ahí en el comedor, a

la escasa luz del crepúsculo o a la claridad intensa del quinqué suspendido del techo, significaban el sueño de todo el día; podeis jurar que Eufrosina descosiendo el mal respunte de un dobladillo de pañuelo ennegrecido por el frotamiento, y Guilebaldo recorriendo los cuadrados de la tabla Pitagórica, pensaban en sus valientes, lejos ¡ay! en el fondo de un buró cerrado con más trampas que una caja fuerte.

Eran muy niños todavía; pero algo que no fué ni el temor de una derrota, ni la esperanza de un triunfo, les producía bizarros síntomas. Salir del colegio; saber que el vecino de pantalón corto la atisbaría desde el balcón, o vice-versa; pedir, con el alma en un hilo, licencia a mamá para jugar un ratito, nada más un ratito, hasta antes de la oración; llevar en la bolsa una estampita sucia para *cambalacharla* por un lápiz aguzado con un cuchillo, o en último caso, donarla generosamente; charlar de las cosas del día; formar tropas y compartir, por último, la merienda; sentir, sin saber por qué, más predilección que por los de la familia, por un simple vecino; no tener envidia de sus juguetes y sí orgullo de ellos; sentirse triste los días que él o ella se van a una visita; estar convencidos de que la enfermedad o la ausencia de cualquiera de los dos arrancarían lágrimas, es algo así como el primer albor de sentimientos desconocidos que dejarán su huella como dulce recuerdo en toda una vida, y, amanecía en aquellas dos almas.

Por eso, cuando se supo que ella tenía que salir fuera de México, porque su papá se iba a no sé qué, muy lejos, lloraron tanto al despedirse... ahí en el costurero frente a la caja abierta, en cuyo fondo dormían en las cuadras, los soldados, pasado ya el toque de retreta y silencio... ella nerviosa por los preparativos de su viaje, él sin darse cuenta de todo lo que se llevaba aquella niña sin formas todavía, estremecida bajo su cubrepolvo de dril. Se vieron, miraron a sus amigos invencibles, tornaron a mirarse y con una lágrima al borde de los párpados:

—¡Adiós, Eufrosina!

—¡Adios, Guilebaldo! Nos escribiremos. Mamá te manda recados. Toma este puntero de cristal como recuerdo, Guilebaldo.

Entonces él, temblándole la mano, sacó del cajoncito un bulto, lo desenvolvió, era el zuavo, el valiente general, rodilla en tierra y bayoneta calada.

—¡Tómalo, es lo mejor que tengo!

Y sin mirarse, sin un abrazo, sin un beso, ella huyó rumbo a la escalera y él obedeció al grito que lo llamaba al comedor:

—¡Baldo... se enfría tu chocolate!

Yo conozco a un licenciado que entre sus papeles muy serios guarda un puntero de cristal, y

sé de una mujer hermosa, que en un palco luminoso, deslumbradora de elegancia, ostenta una joya original y sencilla: es un zuavo de oro, rodilla en tierra y bayoneta calada. ¿Serán Eufrosina y Guilebaldo? No lo sé. Si son ¿por qué guardan recuerdos de hace tanto tiempo? Eso, amigo mío, está usted muy muchacho para saberlo. Basta de cuento, porque ya le gritan desde el comedor como al otro:

—¡Se enfría el chocolate!

## ¡POBRE VIEJO!

**N**i duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste, porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Solo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de castilla. . . . . ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y letras blancas casi borradas, decía: «Colegio para niños» . . . . .

Subí la escalera de mampostería. Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe . . . . .

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta . . . . . En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado . . . . . ¿El señor Quiroz? pregunté.

—Esta mañana a las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos . . . . . pase usted . . . . .

El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron . . . . . ¡solo! ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared . . . . . junto a un Mapa-Mundi; la *mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroneadas; en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el Maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte! . . . . ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio! . . . . . Pobre amigo, yo lo acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse a pensar en el pasado! . . . . .

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡van a dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el *zacate* y el ja-

bón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios; el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda. . . . ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza. . . . . aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchadas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos; las muestras de dibujo; el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús, al frente, sobre un reloj siempre parado. . . . .

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden; los libros formando pilas. . . . . las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles. . . . . Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto; el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: «¡Pepito López, a su lugar!» para seguir rayando concienzudamente el

papel. . . . . Juanito Llamas borraba cifras aritméticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papeleras, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez: leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tienen su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chavacano, el *piso* y el *burro*. . . . . Sin más temor que el de ser sorprendidos en *in fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos o en el mayor crimen, fumando, pálidos de espanto, tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado a la ama de llaves!

—¡Pepito, media hora de castigo!

—¡Señor, si no he hecho nada!

—Sí, señor; está usted distraído a Orozco; media hora!

—No, señor (*jirimiqueando*) ¡a la otra!

—A su lugar! (*reglazo*)

Y después de estos diálogos, el Sr. Quiroz

seguí rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

—¡Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies; se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el Sr. Quiroz la oía *¡al cachote!* aquel cuarto húmedo y obscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcullu, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del Sr. Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para

jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué sé yo! era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en la lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora. Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada: —¡Por el niño Mendoza! —Hasta las seis, respondía muy serio el Sr. Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última, señor! ¡Ya no lo vuelvo a hacer! Nada, era inflexible!

¿Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir aquella pregunta: «¿Por qué viene usted tan tarde?» Y aquella comparación humillante de «ya ves a tu primo Félix, pues nunca lo castigan». ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia, Valladolid, Valencia, o aquella máxima escrita con bella letra inglesa: «el estudio es fuente de riqueza», que uno copiaba con caracteres que parecían patas de mosca o como aseguraba el Sr. Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: Conducta, Mal... Aplicación, Mal... Aseo, Bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban a las cinco, en un rincón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros, el Sr. Quiroz era un inquisidor: ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¡Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito*! ¡Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿qué es gramática? escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados, resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor no tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cemento?

Es un amigo de los primeros años; descifra ese jeroglífico encerrado en las páginas de un

silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida; da la clave para arrancar al libro su riqueza; arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia, a quien se le paga una vil mensualidad, y ¡hasta luego!

¡Pobre Sr. Quiroz! ¡muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio? ¿Por qué no había venido uno solo a recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí; el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvido, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y conmovido, llorando, se despidió diciéndome: «que logre verte hecho un licenciado»... y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes alcuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo... no; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño: la gratitud, una gratitud inmensa brotaba a mi labio... ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansa; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana porque... ¡no había Colegio!

---

## SEMANA ALEGRE

---

**D**E médico, poeta, agricultor, barbero, callista, diácono, dentista, músico, pintor, etcétera y loco, todos tenemos un poco.

De hecho ejercemos multitud de artes y oficios, sin tener título para ello y ni falta que hace, porque en suma, un profesionalista no es más que un aficionado con vista a la calle y agua corriente.

A veces el título estorba.

Pasó con Conchita Kamery, por más señas; se arrancó después de comer con una polonesa de Listz para forte-piano, con piezas de refacción; los oyentes, todos del arma sonora gritaban:

—¡Aire! ¡Mucho!

—Señorita, choque usted; vengan esos cinco; ha ejecutado usted esa maniobra musical hasta mojar los dedos.

—Y con razón: suda «una» de la pura congoja.

—Y no crean ustedes, todo eso lo ejecuta de

oído (con acento en la o), sin maestro, en sus ratos de ocio

—No tanto, Carrascosa; mi poca técnica se la debo al señor Pérez Revuelta!

—¿A ése?

Al pavimento se caen las alas del corazón: todo es que la «virtuosa» confiese la marca de fábrica, y los admiradores toman el olivo.

—Calle usted, hombre, no tiene mano izquierda, ni ojo derecho, ¡qué acordes sin color local! ¡qué falta de lógica en las notas tenidas! ¡qué tartamudeo en los arpegios! ¡mamarrachos de éstos los encuentra usted a montones! Luego sucede que el título o diploma (con acento en la í), después de adquirirlo con años de estudios asiduos y vacaciones alegres, apenas si sirve para llenar hueco sobre el bufete entre un almanaque de Droguería y «L'amour maternel» litografía del año cuarenta y pico, representando a una vaca de ordeña, lamiendo a su primogénito.

—Por qué no ejerce usted, Medinilla, teniendo su casa tan bien puesta y poseyendo tan lindos teodolitos.

—Porque —convéznase doña Lola—, soy ingeniero, pero la afición me llama a la preparación de platillos al estilo del país.....

—————  
Cuando veo que las pirámides de Egipto fue-

ron ideadas por un rey poeta; que nos dió la brújula un sastre chino; que inspiró la preparación de los aguardientes un albeitar árabe; que Alfonso el Sabio no hizo en materia jurídica otra cosa que prestar su nombre a las ideas de su callista; cuando me cuentan que la extirpación de las anginas fué golpe de un calígrafo; los dulces de leche invención de un sacristán, y otras cosas que callo por no cansar más la atención, ya fatigada de la Cámara, entonces me dan ganas de estudiar el harpa de pedales para ejercer de farmacéutico.

Así de licenciados veo más conocidos en el salón de patinar que en los Juzgados. ¡Cuántos médicos immortalizan sus recetas de cocina! ¡cuántos boticarios sobresalieron en el manejo de la vihuela nacional! ¡cuántos ingenieros agrónomos dominaron la homeopatía! ¡cuántos notarios se malograron al día siguiente de haberse revelado toreros de vergüenza en un quiebro de rodillas! ¡cuántos tinterillos son excelentes cuñados! ¡cuántos curanderos se mueren en el hospital!

Insisto en que no es el título, sino la carestía de cereales, lo que decide de nuestra vocación, y la mejor prueba de ello pueden darla los ricos mausoleos de nuestras metrópolis—esas casas de vecindad de sordo-mudos—detrás de cada cruz está.....una junta de médicos.

¿Los médicos? Anda el mundo tan mal, que todos traemos esa ciencia en la sangre, y la per-

feccionamos en los Ferrocarriles del Distrito; en los telones, en las cantinas, en la esquina, en los almanaques, en las «instrucciones» de las medicinas de patente, donde quiera que puede describirse una enfermedad con todos sus pelos y señales (excepto la calvicie), y el remedio eficaz, que no se hace uno porque no quiere, ¡pues qué hasta lo regalan!

Lea usted la cuarta plana de un periódico y «Un padre desgraciado,» «Un hijo pundonoroso,» «Una viuda convaleciente,» «Un esposo desesperado,» escriben por decirlo así las memorias íntimas de un riñón burriciego, de un peritoneo desengañado de la vida, de una circulación indolente, de un sistema nervioso en la última miseria.

Hasta un chico de escuela puede discutir con un profesional sobre cualquiera dolencia de las que obligan a guardar cama.

Cuando está uno enfermo, lo mismo puede llamar al sastre que al que vende helados griegos; ambos cargan en la bolsa gránulos dosimétricos, y si mucho les apuran, hasta chavetas quirúrgicas.

En cualquier estrado las señoras discuten un cólico de invaginación con la misma pericia que un dentista habla de las randas, los relindos, y los dobladillos de ojo.

—¿Que hay de nuevo, Bicha?

—Ay tu, Sanromán, que la pela d'esta hecha.

—¡No, mujer!

—Un precioso caso de parálisis tripal. ....

—Intestinal, mamá. ....

—Es lo mismo; intestinal por falta de digestión de un cuerpo extraño con réditos. Como es tan distraído y tan hambriento se tragó un capullo de gusano de seda y haz de cuenta que se ha comido una fábrica de mantas. Nada más te digo que escupe seda cruda y ayer arrojó un jeme de cinta de popotillo para ribetes, sin digerir.

—¿Y el diagnóstico?

—Reservado, hija, reservado, por no entorpecer la acción de la justicia.

Y en efecto, Sanromán, por angas o por mangas, se pone gravísimo.

Llamados a la cabecera, más bien dicho a los pies del enfermo, porque la cabecera la ocupa un santo borroso y no identificado, pero bueno para los milagros; llamados digo, al lecho del dolor tres médicos, uno opta por una medicina líquida, otro se inclina abiertamente a la hidroterapia, y el último se aferra en que la intervención quirúrgica es lo indicado. ....

Y como lo cortés no quita lo sensible, echan suertes. .... y gana el as de espadas, quien fro-tándose las manos con un gusto profesional, prorrumpe:

—Verdadero alboroto tenía yo por estrenar

unos cuchillos que acaban de llegar a la Tocinería del Amor de Dios. Mañana, si Dios no manda otra cosa, Sanromancito, a estas horas he tenido el honor de sacarle a usted todo el menudo, darle una edjabonada y volverlo a su sitio.

Pero mientras lo purgan, para dar mayor solemnidad al acto, llega una visita...

—¿Operación? No sean tontos, aquí traigo esta hierba, receta de indio, viejecito, no falla. Para los gusanos de seda, morera en ayunas mascada. ¡Se salen comó con la mano!

—Y si a eso—agrega el confesor, (llamado por las dudas),—añaden ustedes plátanos largos, papas al vapor, camote, cuerpos en fin, que impelan a los intrusos....

—Y además—(tercia el notario, por ante quien otorga el paciente su testamento)—le colocan en el vientre un tambor y lo redoblan, para que la trepidación mueva los intestinos... ¡porque eso es empacho!

—Pues entonces, señoras (dice el dueño de la casa), háganle un remedio infalible: basta dos onzas de municiones con vaselina o azogue tibio....

Y cuando la medicina casera comienza a surtir sus efectos, llegan los titulados a echarlo todo a perder, con sus trastes de matar: cloroformizan al enfermo en camiseta casi, y empieza la faena; a cada metida aullan de admiración; lo destripan y después de buscar con toda escrupulosidad, no encuentran ni capullo ni gusanos, sino un botó

de calzoncillos, con una hebra de hilo, un ámbar de boquilla, puntillas de lápiz y cascajo, porque Sanromán tenía el vicio de comer tierra: lavan aquello, lo empacan de nuevò, echan unos cuantos pespuntos, y el sujeto, con una cara de gente feliz, muere en el seno de la Santa Facultad. Pero el operador ha manejado de tal modo el acero, que en el último metisaca, (un poco tendido, pero en su sitio), enloquece a los practicantes, y al ver que con eso bastó para pulverizar al otro, gritan....

—¡La oreja! ¡que le den la oreja!

De modo que el título.... es lo de menos, valen las buenas relaciones y la mejor suerte que os deseo.

---



---

## EL JARRO

---

«Cuando muera, de mi barro  
 Hágase, comadre, un jarro;  
 Si de mí tiene sed, beba;  
 Si la boca se le pega,  
 Serán besos de su charro».

---

**E**L fino amador de sombrero anchísimo y guitarra negra y ronca, pide a la elegida de sus coplas que recoja sus cenizas tapatías; que con ellas amase las pastas de los alfareros, que las convierta en la copa de los humildes y recuerde al difunto a la hora de la libación, cuando más lo eche de menos, segura de que si el labio le agarra la lengua o labios, es que el alma en pena la besa todavía, la besa furiosamente hasta la adherencia, soldadura o aglutinación.

¿Y por qué el cantador no pide convertirse en algo más poético que un trasto, un cacharro, una cosa frágil que al menor descuido se cae y se

rompe? Porque para esos rápsodas de caminos polvorientos, cortijos, trojes y rancherías, el jarro sigue siendo un utensilio étnico, simbólico, amado.

Sí, el jarro que vemos alternar con legumbres en las recauderías; el que viste de lumbre por todo su vidriado en las verbenas, en los puestos al aire libre, caldeado por el sol; el jarro que forma labores en las cocinas anticuadas y hasta en los frescos corredores a la castellana, constituye, en ocasiones, el único bien mueble de muchos que siempre tendrán hambre y sed de todo.

El mendigo de verdad, el que disputa un guñapo a los perros de muladar, el oliscador de cocinas, además de su bordón, su capa de remiendos, su tonelada de vendajes en los piés reventados por el mucho andar, lleva siempre consigo, cerca del escapulario, con la misma delicadeza que si fuera un niño dormidito, el jarro de rigor, atezado, despostillado, adobado... En la mañana le sirve de cigarrera; al mediodía, de alcarraza; en la siesta, de vajilla; en la prima noche, de crátera, y durante el sueño,—envuelto en los mismos repliegues que el lirón—de cerrada escarcela.

¿No habéis visto en la mañana a esos presos en cuadrilla que llaman la «remisión», rumbo a Belem? Hombres y hembras, demacrados, abotagados, cenicientos, extenuados por la vela en la Comisaría; unos, llenos de cardenales en la cara; otros, con las ropas hechas tiras; éste, sin el

sombrero; aquél, con jaquet pero sin corbata y con hombreras de fango. Todo lo han perdido; pasan por las vías populosas; quizá con un poco de vergüenza rezagada; en la orgía, en la borrachera, en la riña, dejaron su dinero de bolsillo y todas sus amistades, porque si de esa guisa los ve pasar, un su amigo, o un protegido o su explotador, éstos se harán de la vista gorda.... Sólo el rebozo, ese rebozo que no se anda con distingos, y lo mismo es velo para casamientos que sudario para el que no tiene sudario, sólo el rebozo desprestigiado, vuela tras los pobrecitos aprehendidos, y les da cigarros, criollos, calderilla... y un jarro. Antes que todo, hay que llevar un jarro a la prisión, donde nunca se usó tener vajillas para las visitas. ¿En qué beberá, alma mía de mi hijo, el encausado? ¿En qué tomará su ración el mentado costeño, si no tiene cerca a la china, que ha jurado gastar en velas para la Soledad todo lo que le queda de pulmones de planchadora? En un jarro se liba, pues, el primer trago de los acfbares de la justicia.

En cambio, ved esa mujer solícita, que cuando las fábricas silban, y cuando las campanas plañen las doce, va por ahí bebiéndose los vientos. Lleva en el regazo el adorable infante sin apellido, y en la mano colgante y robusta, una cesta que huele a almuerzo apetitoso, con servilletas de puntas duras por el almidón, y asomando su boca vidriada, el jarro, donde el pulque se golpea y

va haciendo babas y espuma. Allá, bajo de los andamios, el hombre que parece modelado en ese mismo barro de los humildes; allá viene cubierto de arena, de cal y de sudor; un beso al muchacho, a quien por los aires voltea como si fuese esquila, y en seguida, tras un jadeo, toma a dos manos la vasija pesada y, trasegando, la aligera: una vasija donde no han respirado hondo sino dos bocas: la suya y la de su mujer legítima, que lava, escurre, orea y cuida la prenda como si fuera un cáliz.

Y hace bien. ¡Ay de la pobre molendera que contempla boca abajo sin uso el jarro de su hombre! ¡De seguro abreva en fuentes de adulterio!

¡Esas despedidas de los pobres a las puertas del Hospital! Después de las bendiciones, del pungitivo testamento verbal; cuando las mujeres se enjugan el llanto con el rebozo, o con las enaguas, o con la mano trémula; después de hacer de nuevo los veinte encargos, —sobre todo que no le falte aceite a la lámpara ni salga Luz después de las siete!— tras de repetir cinco veces cuáles son los días de visita y qué trámites se siguen para ella y cómo se llama la sala... uno de los oyentes, tragándose el llanto, los sollozos, el alma, con ademán trágico alarga al paciente... un jarro, un jarro para su atolito. ¡Creen todavía esas gentes rudas, que los hospitales son antesalas de la tumba; creen todavía que como en épocas de, *si con atolito vamos sanando*, etc., se alimenta a los

enfermos con eso, y para recibirlo cada quien debe llevar el pistero que su piedad le dicte.

En las verbenas pasean los novios. Casi todo el gasto se les ha ido en pagar el tren y en unas cuantas cañas y naranjas; recorren las callejuelas de barracas y, de seguro, donde se detienen más tiempo es en los puestos de loza. ¿Para qué le sirve a la prometida de un insolvente el cerdo-alcancía? ¿Para qué el mono que representa un charro? ¿Para qué las ensaladeras? Y el espíritu práctico y la ternura elemental concuerdan en elegir nada menos que un jarrito de esos de forma gallarda, de esos que por un lado parecen verdes, por el otro, bronceados, por otro, negros. La luz juega en sus cambiantes metálicos, y iqué fría y sabrosa pondrá el agua serenada, en el borde de la pileta, junto a la macetita de la albahaca! Acaso esta vasija, acaso sirva para contener el agua, con que la doncella asperje con la punta de los dedos, o con chambelán de boca fresca el ramillete; tal vez descollará en la mesa de palo blanco, con su moño azul, como juguete de tocador; quizá repleto de espuelas de caballero, mastuerzos y rosas de Castilla, inciense con aromas del jardín, al Santo borroso de la plana flecada de papel de china azul y blanco.

Mil veces don Atenógenes se ha bajado del pescante para volarle los cascos a la viuda de ese pobre Nemesio, a la garrida mulata de camisa bordada de rojo, la que vive de lavar camisas de

señor. Ella, sin dejar las prendas almidonadas, le oye y ríe, patina que patina su plancha caliente.

—¡Ah, que mi compadre tan boquiflojo! ¡puras echadas! ¡usted no quiere a nadie!—Parece fuerte como una torre de castillo, pero no lo ve frente a frente. A la hora en que él habla de irse y remudar sus cuacos, nunca falta el barrilito hervoroso para refrescarse, ni la jícara donde verter el licor de la amistad. Uno de tantos días, la viuda de Nemesio, llega al trastero, toma de ahí un jarrito muy cuco, de los de Guadalajara, y echando llamas por los ojos, desatinadamente sirve el refresco de la hospitalidad, en el jarro sagrado, en el jarro donde el otro bebía, en el jarro íntimo y de lujo.

—¿Yo nada más bebo? ¿Por qué no sirve para dos?

Ella contesta con una carcajada de despecho y de burla.

—Con todo y andar, compadre, por todas las calles de México y desvelarse toda la noche. . . . ¡es usted muy niño! ¡servir dos jarros después de cuatro meses de conversa. . . .!

Se percata el debelador de la recia matrona de todo el significado de un solo jarro, para dos personas de distinto sexo; se da cuenta de que ella por fin cede y

—¡Béselo usted primero!

—Por todo, todo, todo, y quiera Dios. . . .

—¡Que se me vuelva ponzoña, si no cumplo mi palabra!

Y pasa de unas a otras manos hasta cinco veces; libaciones nupciales, como en los tiempos paganos.

El General cubierto de polvo y de gloria; el peregrino fatigado; el prófugo; cuantos pasan por una rancharía de las de mucho ladrar de perros y cacarear de gallinas y crepitar de ocotes en lumbrada y palmotear tortillas, a las veces se detienen, gritan los buenos días, piden por amor de Dios, o por el amor de la madre, un poco de agua. Eso nunca se niega ni al mayor enemigo....

Si os la ofrecen en vaso, en el vaso tosco, turbio, vaciado, de *cocolitos* o cordones *solomónicos*, seguid vuestro camino; nada más espereis de esas gentes respetuosas, sí, pero no amigas del sediento. Mas si la chiquilla de la casa, ostentando nieve en la dentadura, deslumbradora al reír, os presenta el jarro venerable, el jarro de los abuelos, el jarro que se lleva al ojo al atardecer, el jarro que sabe ¡ay! de citas detrás de los órganos color de cardenillo y bajo los árboles viejos del camino; deteneos, echad pie a tierra: podéis dormir en ese jacal, nadie os entregará, así vengan las tropas del Supremo Gobierno.

Con jarro destetan a sus chiquillos, y un jarro sin asa, sordo por las roturas, como cubierto por todo lo negro del humo del hogar, es el postrer vaso en que unas flores de tiesto, o de pobre jar-

dín o del campo que es de todo el mundo, alegran con manchas de colores vivos, la tarima, la estera, la tierra apisonada en donde se estira el cadáver del hombre de la casa.

Después de reflexiones como las hechas, ¡qué elocuente me parece la quintilla del cantador!

«Cuando muera, de mi barro  
Hágase, comadre, un jarro!»

